

## Ministerios del lectorado y acolitado a Don Juan Antonio Morquecho

(Almendralejo, 26 de abril de 2026)

Queridos hermanos en el sacerdocio (Vicario general, Vicario de Evangelización, Delegados episcopales, José Ignacio, párroco de esta parroquia de San Roque en Almendralejo) sacerdotes aquí presentes), querido Juan Antonio, que hoy vas a recibir los ministerios de lectorado y acolitado, en preparación para el diaconado permanente, querida esposa e hijo, madre y demás familia de Juan Antonio, queridos todos: *¡El Señor os dé la paz!*

Hoy la Iglesia nos regala una celebración muy significativa. Los ministerios que está a punto de recibir Morquecho no es simplemente un “paso previo para algo mayor”, el diaconado permanente. Es, en sí mismo, un momento de gracia. Nuestro hermano Juan Antonio recibe los ministerios de lectorado y acolitado, y con ellos la Iglesia le confía algo esencial: la Palabra y el Altar. Es decir: la vida misma de la comunidad. Esto no es un hecho privado, ni algo que afecte solo a él: es un don para toda la Iglesia, particularmente para esta porción de la Iglesia que camina unida de Mérida-Badajoz.

Las lecturas de este domingo, conocido como el “Domingo del Buen Pastor”, nos sitúan en el corazón de la experiencia cristiana: el encuentro con Jesús vivo, que transforma la vida y envía en misión. No hay ministerio sin encuentro, ni servicio verdadero sin haber sido tocados por el Señor. Dios sigue llamando, sigue confiando, sigue poniendo su mirada en personas concretas para hacerlas partícipes de su obra. No llama a perfectos, sino a los disponibles; no a los que lo tienen todo resultado, sino a los que están dispuestos a dejarse transformar.

El primer ministerio es el del lectorado, que no es simplemente “leer en la misa”. Es acoger la Palabra de Dios, dejar que cale en lo más profundo del corazón, y convertirse en su testigo. Siéntete, querido hermano, y compórtate como “siervo de la palabra”, de la Palabra de Dios y no de tu palabra. Antes de proclamarla con los labios y que resuene en la asamblea, debe resonar en el corazón. Un corazón abierto y disponible. Vívela en tu vida. Por eso hoy la Iglesia, entregándote la Palabra de Dios te

dirá: Toma el libro de la Sagrada Escritura y tramite fielmente la Palabra de Dios”.

Y recuerda siempre que la Palabra no es información, sino que es presencia. No comunica ideas, sino que comunica a Cristo mismo. Y quien la proclama está llamado a hacerlo con fe, con humildad y con una vida coherente. Querido Juan Antonio: déjate habitar por la Palabra, deja que te transforme, deja que ilumine tu vida. Identifícate con la Palabra, léela y escúchala constantemente, y, como ya nos pedía Benedicto XVI, que tu vida sea una hermenéutica de la Palabra escuchada y proclamada. Nunca te prediques a ti mismo. El mundo necesita conocer a Cristo y tú eres su colaborador en esta misión, no la finalidad de la misma. Quien es instituido lector recibe la misión de amar la Escritura Santa, de meditarla, de vivirla y de ayuda a otros a descubrir que Dios sigue hablando hoy.

Por su parte, el ministerio de acólito no es solo un servicio externo al altar. Es más bien un servicio allí donde Cristo se hace pan partido y entregado por todos; allí donde aprendemos el lenguaje más profundo del servicio: darse, partirse, entregarse. Es una cercanía especial al misterio de la Eucaristía. Es aprender a vivir desde el altar: desde la entrega, desde el sacrificio, desde el amor que se hace pan partido para los demás. El acólito no es solo quien ayuda externamente en la liturgia. Es quien aprende a vivir eucarísticamente; es quien está disponible sin buscar protagonismos. A reconocer Cristo en el altar y también en los pobres, en los frágiles, en los que esperan consuelo. El acólito está llamado a configurarse con Cristo servidor, el que se arrodilla para lavar los pies, el que se entrega hasta el extremo.

Si la Palabra te enseña a escuchar a Dios, la Eucaristía te enseña a imitarlo. Por eso, ambos ministerios –la Palabra y la Eucaristía- no pueden separarse. Son como dos mesas de las que se alimenta la Iglesia. Dos mesas: de la Palabra que ilumina, y de la Eucaristía que sostiene. De la escucha y de la entrega. De ahí nace el verdadero servicio en la Iglesia: De la escucha y de la entrega nace el verdadero discípulo, nacen los pastores según el Buen Pastor que cuidan las ovejas que les han sido encomendadas, que busca a las se ha perdido y que llama a cada una por su nombre.

Por eso, este paso que hoy da nuestro hermano no es solo una etapa formativa, sino una llamada más profunda a vivir como servidores.

El diaconado permanente, hacia el que camina, tiene precisamente ese rostro: el de Cristo servidor. Servidor de la Palabra, servidor del altar, servidor de la caridad.

Querido hermano: hoy la Iglesia confía en ti. Pero sobre todo, hoy el Señor te vuelve a llamar. Te llama a servir su Palabra con verdad. Te llama a servir su altar con reverencia, y te llama a servir a su pueblo con amor concreto. Y a todos nosotros, como comunidad, se nos recuerda también que no somos meros espectadores. La Iglesia entera es servidora. Cada uno, desde su vocación, está llamado a vivir lo que celebramos: escuchar la Palabra participar en la Eucaristía y traducir todo eso en una vida entregada.

Pidamos al Señor que este camino que hoy se afianza en nuestra Iglesia de Mérida-Badajoz sea fecundo y dé frutos abundantes. Pidamos que la Palabra habite en él. Que la Eucaristía lo transforme. Y que su vida, poco a poco, se haga cada vez más evangélica.

Hoy es el domingo del Buen Pastor en el que se nos llama a pedir por las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Pidamos, hermanos y hermanas, que el Señor envíe vocaciones santas al sacerdocio, a la vida consagrada y a diáconos permanentes de a esta Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz. Que nuestra Iglesia sea una Iglesia de llamados que llaman. *Fiat, fiat, amen, amen.*